

De víctima a liberador

Pamela Bloom

Mientras estaba haciendo un retiro de meditación en el sur de Francia con un grupo de personas, nos presentaron a un maestro visitante. Un grupo de cerca de trescientos estudiantes de budismo occidentales esperaron en silencio a que él empezara a hablar. Tenía unos cuarenta años, era bastante alto y ancho de espaldas para ser un tibetano, e irradiaba una gran presencia como una montaña, aunque apenas sonreía. Mientras nos hablaba tuvo que secarse repetidas veces el ojo derecho que le lagrimeaba como si hubiera algo en él que estuviera constantemente llorando, pero el tono de su voz se mantuvo fuerte. Pronto nos explicó su historia personal.

En su juventud este Rinpoché y su anciano maestro habían sido encarcelados durante quince años en el Tíbet al ser víctimas de la persecución china. Aunque no entró en detalles, las condiciones que tuvieron que soportar fueron de lo más duras y pasaron muchos días encadenados juntos en una celda oscura y sucia. Nos contó que los chinos, al no contentarse con las torturas normales, estaban determinados a perseguir a los devotos tibetanos de la peor forma posible negándoles el derecho a meditar; cada vez que cerraban los ojos los golpeaban. Pero como los chinos no sabían que los tibetanos pueden en realidad meditar con los ojos abiertos, los dos pudieron continuar sus plegarias y meditaciones en secreto. Por desgracia, con el paso de los años, los maltratos sólo empeoraron; en realidad el ojo de Rinpoché que lagrimeaba constantemente era el resultado de los golpes que había recibido en aquella época. Tuvo incluso que soportar la pérdida de su maestro, que murió a su lado una noche en la celda. Después de tantos años de tortura le parecía que era imposible poder escapar de aquel infierno.

Pero ocurrió que un día, cuando menos se lo esperaba, dos de los carceleros le dijeron: « ¿Qué es lo que haces? Por más cosas que te hagamos, por más que te lastimemos, nada te perturba». Por lo visto los carceleros habían practicado todo tipo de artes marciales pero al final se habían encontrado con una fuerza que no comprendían. «Tú conoces algo que nosotros desconocemos», le dijeron, «y como somos los carceleros hemos de aprenderlo para poder ser más fuertes que tú».

Como no tenía ninguna otra arma, les enseñó la práctica que él y su maestro habían estado llevando a cabo: una meditación tibetana llamada *tonglen*, que consiste en el sufrimiento de los demás y en exhalar luz. Era misma práctica que muchos de nosotros habíamos estado aprendiendo en este retiro con un cierto esfuerzo, ya que de hecho tomar el sufrimiento de los demás sin sentirte un mártir ni resentido por ello es una gran afrenta para el ego. Este monje y su anciano maestro habían encontrado la inspiración no sólo para practicar la compasión sino para enseñar en medio del infierno en el que vivían a los mismos seres autores de su sufrimiento ... era un grado de compasión que trasciende la mente ordinaria.

Y, sin embargo, ésta es la esencia de la compasión budista. Y Rinpoché nos contó que de resultas de ello ocurrió algo increíble.

Al cabo de algún tiempo los carceleros chinos anunciaron de pronto un día al prisionero tibetano que lo dejaban en libertad. Por ninguna razón. Simplemente le había llegado la hora. Y lo liberaron.

Y así fue como llegó a estar ante nosotros un soleado día en el sur de Francia, con su lagrimoso ojo que era como una persistente y evocadora lluvia, con su transparente mirada y su imperturbable postura de guerrero. En realidad, al recordarlo ahora,

descubro que en su voz no había el menor rastro de resentimiento, sólo quizá la agri dulce ironía de que su maestro no había vivido lo suficiente para ver que en algún lugar entre la inhalación y la exhalación, la frontera entre el perseguidor y el perseguido se había finalmente desvanecido. ♦♦♦

Extraído de:
Actos de Compasión budista,
Edición a cargo de Pamela Bloom
Por cortesía de Ediciones Oniro, S.A.